

La noticia de la muerte de Juan Rejano ha sido para el público español ocasión del descubrimiento de este poeta que, nacido en Andalucía, en la provincia de Córdoba, vivió y publicó sus versos desde el final de la guerra civil, en la capital de México. En gran parte, esos versos estuvieron inspirados por su nostalgia de la tierra natal a la que ansiaba reintegrarse y se proponía regresar ahora, tras el prolongado exilio. La muerte ha frustrado ese deseo suyo y, como digo, ha traído a España con su noticia, noticia de la existencia cuya extinción anunciaba. ¡Triste sino!

Yo, que conocí temprano en mi vida al poeta y fui su amigo, quisiera hablar de él un poco, tratar de explicar en dos palabras quien era —quien era para mí— el autor de esos poemas que en estos días insertan, anunciados por la actividad publicitaria y otros estímulos, las páginas literarias de algunos periódicos madrileños. Son poemas extraídos de una colección que, muy recientemente, había editado la Universidad Nacional de México bajo el título de *Alas de tierra*, y de la que él me había remitido a Nueva York un ejemplar sabiendo cuanto iba apreciar su regalo. La poesía, cuando es genuina, entrega a sus lectores lo más acentuado de la personalidad de su autor, lo íntimo profundo; y Juan Rejano podía estar seguro que al leerlo iba yo a leerle a él, a Juan mismo, al amigo de nuestra remota juventud.

Nos conocimos en aquel Madrid de la vanguardia y de la floración lírica de los años veinte, y fue otro andaluz, el malagueño Esteban Salazar Chapela, otro amigo querido, quien nos puso en contacto. Concurrían en Rejano las notas más nobles de un cierto prototipo de su tierra, muy distante del archidivulgado modelo bullanguero, chispeante, verboso, ágil y retrechero. Al contrario, era todo serenidad, calma sonriente, pausa digna, sin que tampoco incurriera en el exceso sustancioso que

a veces llega a constituir también un amaneramiento. Era hombre de pocas palabras, y a la actitud reposada de su alma correspondía el tono de su voz, una voz pastosa, densa, grave, con la elocución lenta de quien sabe bien lo que dice y es capaz de escuchar sin impaciencia. Cuando, muchísimos años después, volvimos a encontrarnos de nuevo en México, me sorprendió hallar intacto en aquella voz antigua el mismo acento original de su tierra. *Alas de tierra* ha titulado su último libro. Y parecería que una tierra morena con tornasoles de verde olivar fuese consustancial con él ya desde el color mismo de su piel; tierra, pero —eso sí— animaba, alada, por la luminosidad extraordinaria de su mirada. Si después de media vida larga pasada en México había preservado él sin la menor contaminación aquel acento de campesino cordobés que, ya en el Madrid de antaño, la oyerá yo con tanto agrado, no era sin embargo, como en otros muchos casos de hombres que, temerosos de perder su identidad, se obstinan en mantener tales o cuales características externas por un terco empeño de encerrarse en si mismos y hacerse impenetrables, pues la verdad; pocas personas habré conocido con un espíritu más abierto, con un corazón más generoso, con un sentido más profundamente liberal en la vida que Juan Rejano.

Su instalación en el mundo era de una perfecta elegancia. Había en él la buena fe nacida de sentimientos muy puros que, sin por eso ignorar la maldad, lo ponían por encima de cualquier rencor de la amargura y el resentimiento, dotando a su carácter de una afabilidad tal vez sazonada con un toquecito de ironía. Esa que bien pudiéramos llamar inocencia inteligente le procuraba el sosiego propio de las criaturas magnánimas, la tolerancia de la comprensión, la reserva, la delicadeza, el pudor del discreto.

Y de todo ello —es decir, de él, de Juan Rejano— nos habla, tácitamente, la poesía que ha dejado escrita. Tácitamente; quizá sólo quien lo haya conocido y tratado podrá oír su más secreto mensaje, aunque todos disfruten de su belleza.